

Pereira recuenta

Francisco Sosa Wagner

TRAS sus muchos e inolvidables cuentos, ahora viene oportunamente el recuento, la vuelta a contar y al mismo tiempo la comprobación de la exactitud de lo contado. El resultado no puede ser mejor porque cuando se recuentan invenciones no hay posibilidad de equivocarse ya que estas, las invenciones, son lo único veraz del mundo y lo único en que los humanos podemos confiar. Lo demás o son desgracias o son patrañas, trápalas para creyentes.

Adviértase, que invenciones no son inventos, estos remiten a cosas materiales, físicas, mientras que las invenciones son frutos, de la imaginación, o sea, volutas, humo, quimeras; halo inaprensible merengue que se desbarata en el paladar, hierbilla para pasar el rato dándole vueltas en la boca. El invento se inscribe ante un funcionario lleno de melindres en el registro oficial de patentes y se le sacan buenas ganancias, para las invenciones por el contrario no existe otro registro que el penumbroso de nuestra sensibilidad o el de la finura de nuestras emociones. Todo lo cual carece de réditos tangibles y además se mueve en un espacio sin deslindar, vago, de contornos imprecisos e indefinibles. Pero, ojo, adorables.

El gran Antonio Pereira no creo que haya inventado nunca nada en el sentido indicado pues cuando nació ya estaba inventada la bombilla y el enchufe, incluso se los encontró la una encendida y el otro pegado a la pared en el comedor de su casa. Le hubiera gustado inventar también la conversación amable entre amigos pero esta tenía ya paternidad pues en los palacios de París y en los cafés de Viena se llevaba de conversación más de un siglo organizando revoluciones y contrarrevoluciones y poniendo al día el reloj de la historia literaria. Incluso el botillo, que algunos creen frutó de la capacidad inventiva de Antonio, existía ya en el Bierzo de sus entretelas, como se puede comprobar en muchos incunables, cuando él llegó al mundo en Villafranca que es; ese lugar embarazado de poetas donde acabarán poniendo un hospital para peregrinos en el que la fiebre no se medirá en décimas sino en redondillas.

Es decir que tuvo mala suerte Antonio Pereira cuando nació porque se: le habían adelantado otros con capacidad creativa y con afanes laborales resistentes. ¿Qué le quedaba entonces? Pues «invencionar» que, según el Diccionario que está por escribir y que solo por pereza de los académicos aún no ha sido escrito, significa esponjar el alma y ensanchar sus vericuetos misteriosos, Y darse a recrear cosas fantásticas de la vida y de sus aledaños obispos, asturianos, milagros, violinistas,

cometas, ingenieros y unas tetas enormes -no unos senos- como los que salen en ¡manos arriba!, un, cuento este para leerlo con el gatillo del cosquilleo de la risa apretado.

Quien lea este artículo puede al terminarlo olvidarse de él y volver a sus ocupaciones inaplazables. Hará bien pero hará mal sin embargo si no anota en su agenda adquirir cuanto antes en su librería este «Recuento de invenciones» de Pereira (con estudio introductorio de José Carlos González Boixo) porque disfrutándolo notará que suenan muy cercanos los manantiales antiguos de la buena prosa y del humor sutil, del humor que, como decía Cami, es la verdadera lengua universal porque el esperanto es lo mismo solo que nadie lo habla: El humor es como un violín que hay que armar con morosidad y esmero porque, sí no se cumple este, requisito, lo que sale es puro chirrido ayuno de armonía. Esta, la armonía, es muy; importante porque todos sabemos que el mundo es inarmónico pero, la poca armonía que hay en él se la da el humor. Sin él todo se desbarataría como un mecano desmontable y habríamos de empaquetarlo y tirarlo al basurero apestoso más cercano. Pereira es un señor que tiene un gran amor al mundo y como no quiere que éste corra suerte tan amarga, se empeña en mantenerlo erguido a base de prestarle, generoso su humor. Para que no se venga abajo, mayormente.